



MEDITACIÓN 15
DOMINGO DE RAMOS

**ERA UN
BURRITO**

P. Juan Jaime Escobar Valencia, Sch. P.

“

Platero es pequeño, peludo, suave;
tan blando por fuera,
que se diría todo de algodón,
que no lleva huesos.
Sólo los espejos de azabache de sus ojos
son duros cual dos escarabajos de cristal negro.
Lo dejo suelto y se va al prado
y acaricia tibiamente con su hocico,
rozándolas apenas,
las florecillas rosas, celestes y gualdas...
Lo llamo dulcemente: ¡Platero!,
y viene a mí con un trotecillo alegre,
que parece que se ríe,
en no sé qué cascabeleo ideal».

(Juan Ramón Jiménez)

H

oy hemos empezado una Semana Santa que nunca jamás había sucedido antes.

Ni siquiera la primera de todas, aquella que Él vivió, estuvo tan sola, tan reclusa, tan confinada. Por el contrario, los Evangelios nos hablan de las multitudes que subían a Jerusalén para celebrar la pascua de los judíos y el relato de la Pasión nos deja ver al gentío pidiendo la cruz para Jesús y contemplando su muerte. Y hoy, en este domingo de dolores y esperanzas, recordamos a los pobres y sencillos, a la pequeña gente, a los niños y muchachos que recibieron a Jesús que entraba triunfal en la ciudad para su muerte. Cortaron ramos de olivo, alfombraron el suelo con sus mantos, llenaron la mañana con sus gritos y alabanzas, tuvieron la loca ilusión de que aquel hombrecito humilde que montaba un burrito era Mesías, era Hijo de David, era presencia viviente de Dios.

«Alégrate, ciudad de Sión:
aclama, Jerusalén;
mira a tu rey que llega:
justo, victorioso, humilde,
montado en un burrito,
en una cría de burra».

(Zacarías 9, 9).

Y el burrito se alegraba, pues creía que era a él a quien vitoreaban los niños.

Un burrito sólo es un burrito y nada más que un burrito.

Un burrito no tiene importancia.

Un burrito no tiene poder.

Un burrito es nadie, es nada.

Un burrito no es un hermoso corcel.

No tiene gracia y donaire en su cabalgar,

ni lo aparejan con lujos ni lo adornan ni enjaezan con gran dignidad.

Un burrito duerme de pie y hace silencio.

Hace silencio hasta que, al cumplirse la hora, rebuzna para avisar del tiempo que pasa.

Tal vez un burrito llevó a Nuestra Señora de Nazaret a Belén.
Quizá fue el burrito sabanero que un niño pobre llevó al portal.
Podría ser el burrito aquel con el que la familia amenazada de muerte viajó a Egipto.
O sería el burrito que los llevó de regreso a Galilea donde todo fue pobreza y humildad.

Era un burrito, sólo un burrito, un burrito y nada más.
Y sobre él, tan pequeño, tan humilde, tan sencillo, tan burro, iba montado Dios.
Jesús dirigía la rienda hacia la derecha, y el burrito torcía en esa dirección.
Jesús dirigía la rienda hacia la izquierda, y hacia la izquierda trotaba alegre y sin tardar.
Jesús tensaba la cuerda con delicadeza, y el burrito entendía que el Señor quería parar,
parar para ver a los niños, parar para decir sus nombres, parar para recordar sus rostros,
parar para guardarlos en ese corazón que habría de romperse por su amor.
Jesús le daba un gentil golpecito en la panza, y el burrito volvía a trotar,
a trotar con un pasito infantil, con un pasito suave, con un pasito dulce,
con un pasito digno del bondadoso Señor que llevaba sobre sus pobres lomos.
Sí, era un burrito, sólo un burrito, un burrito y nada más;
pero sabía obedecer la voluntad de Dios
y sabía ir en la dirección que Dios le señalaba.
Un burrito que no hacía las burradas que nosotros hacemos
por aquello de querer hacer siempre nuestra obcecada voluntad.

Y es que tenía razón en alegrarse,
porque los humildes, los pobres, los pequeños, los niños y los muchachos,
alfombraron también el camino para él,
y lo vitorearon también a él,
al burrito que nos enseñó a llevar con nosotros a Jesús,
que nos mostró que hay que caminar con Jesús,
que nos reveló que en la vida se acierta cuando obedecemos las riendas de Jesús.

Acaso si no hubiéramos hecho tantas burradas
y nuestra egolatría no hubiera sido tan grande,
no estaríamos hoy encerrados,

con miedo y con riesgo de desesperanza,
aguardando el paso por nuestras casas de un monstruo que mata
y que amenaza con destruir el tipo de mundo del que nos sentíamos tan ufanos.

Cuentan que Jesús descendió delicadamente de él.
Acaso le dio un abrazo, pues aquel gentil amigo jamás lo habría de traicionar.
Y el burrito corrió al encuentro de su madre para contarle todo,
para decirle que en aquella mañana luminosa,
había cargado la única carga que no pesa,
había llevado una luz que no se apaga,
había trotado libre y contento llevando consigo,
llevando en sí mismo,
todo el amor del universo y aún más,
y aún más.
Ella entendería, porque son esas cosas
que los burros entienden.

Y el burrito se quedó jugando con las flores,
dejando todo su cuidado
entre las azucenas olvidado.

“

Han de obedecer con sencillez. (...) Mantengan todos la firme convicción de que adoptan una actitud grata a Dios dejándose llevar y traer por su Providencia a través de la obediencia; como el burrito aquel que Cristo cabalgaba el día de Ramos, que se dejaba conducir y encaminar a todas partes.»

(San José de Calasanz).



®

Orden Religiosa de las Escuelas Pías

ESCOLAPIOS NAZARET

"Educación en Piedad y Letras"